

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es:—es así, que el Tiempo es ese es:—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONTINUACION.)

«¿Qué es Dios?» se pregunta el Sr. Vicetto; y dá la respuesta: «Dios es todo espíritu: es una só'a entidad; sin igual y sin mayor, increada y creadora, infinita y eterna, todo poderosa en fin. «¿Y en dónde está Dios?» se vuelve á preguntar. Dios reside en todas partes: siempre fué, siempre és, y siempre será. ¿Reside exclusivamente en la luz? No; pero también está en la luz. ¿Reside exclusivamente en el aire? No; pero también está en el aire. ¿Reside exclusivamente en la mar? No; pero también está en la mar. ¿Reside exclusivamente en la tierra? No; pero está también en la tierra. Luego ¿qué es Dios para nosotros? El Tiempo, el espíritu del Tiempo.» Consecuencia monstruosa, que no admitiría el último alumno de lógica de una escuela impía; (1) como que se deduce de sus premisas del mismo modo que se seguiría esta otra: El Sr. Vicetto reside *por desgracia* en Ferrol, (2) pero no es el Ferrol; reside en

(1) Monstruosa si que es la acusacion. Nosotros no hemos sentado nin un silogismo para que de las premisas surja una consecuencia lógica. Nosotros planteamos la cuestion matemáticamente: primero el *teorema*, despues la *demonstracion*. El señor obispo exhibe nuestro teorema, pero no la demostracion, lo que si no es malévolo es poco noble al ménos. Y si entónces no hemos *demonstrado* mejor nuestra teoria, fué porque, esclavo nuestro pensamiento de la presion incua y estúpida que ejercia la teocracia sobre la generalidad, mal podía siquiera formularse una cuestion tan importante.

(2) Aquí descubre la punta de la oreja... el lobo en el género rabioso. El *por desgracia* es un arranque de corage, una grosería asquerosa que sienta mal en un prelado cristiano. ó que se consideraba cristiano. El que residamos nosotros en nuestro pueblo natal, no sabemos que *desgracia* entraña para él y para la sociedad en general. Lo que entraña *una gran desgracia* para la sociedad, es la turba ruin de *holgazanes* que residen fuera de los pueblos de su naturaleza, y explotando la creencia de Dios en las gentes oscuras, expiden por

su habitacion, pero no es su habitacion: luego ¿qué entendemos por el Sr. Vicetto? El vacío. (1) Hé aquí el resultado del espíritu humano abandonado á si mismo, de una razon autotélica. (2) Ante todo debiera el autor haber aprendido el Catcismo de la doctrina cristiana, cosa á que está muy obligado y única de su incumbencia: y cuando aprenda la definicion de este admirable compendio de doctrina, no se ria de ella ni le cause profunda pena respecto á los adelantos de la humanidad, como le acaeciò con la que le dió el amigo que

dinero para misas y para sacar ánimas del purgatorio... expiden patentes de gloria y bienandanza para la otra vida!

(1) Aquí descubre, no la punta, sino la oreja entera... Véan, pues nuestros lectores si era posible entrar en controversia con un lobo disfrazado de cordero. Que ferocidad sarcástica! qué sangrienta ira epigramática! qué saña picante, pero desdichada, en todo un Sr. obispo católico, apostólico, romano.

(2) Aquí no descubre sólo la punta de la oreja y la oreja entera: aquí descubre todo el cuerpo! El buen pastor se convierte en lobo, y en vez de atraer por la dulzura y la razon, devora.

Si algunos mal intencionados dijeren que nosotros faltamos en esto á la memoria de nuestro difunto obispo, no es así, pues no hacemos más que defendernos de quien nos ofendió; no hacemos más que devolver pulla por pulla á quien, prescindiendo de su carácter elevado en el sacerdocio, en vez de tratar con mesura y levantado espíritu cuestiones de trascendencia, se vale de insultos soces que tendian á rebajar nuestra personalidad literaria. ¿Qué tiene que ver con lo que se cuestiona, lo de *cabeza autotélica, el vacío* y si viviamos ó no *por desgracia* en el Ferrol? Prescindiendo de la falta de ilustracion, en lo rudo y grosero del ataque la dignidad prelacial queda por los suelos: se suicida. Nosotros anhelamos la luz de la razon, no la nebulosidad del insulto. Por los antecedentes que teniamos de don Ponciano, la refutacion no la juzgamos suya... y siendo así, hacer aparecer á un obispo *guason*, nos parece una cosa muy excéntrica, muy fuera de carácter. Un obispo cristiano echándola de gracioso, nos hace el efecto de una caricatura de Ortega; é insultando, el de un marracho de Carnaval. ¿Qué diferencia entre don Ponciano y el manso cordero del Calvario! En cambio,—¿qué poca diferencia entre don Ponciano y Caifás ó el alto sacerdocio de Jerusalem que insultaba y mandaba azotar á Jesucristo, por predicar dulcemente la unidad de Dios (nuestro Padre) y la fraternidad del género humano!

cuenta. (1) Después puede aprender la definición que dió la Iglesia en el Concilio de Letran y que figura á la cabeza del cuerpo de derecho canónico, ó sea la primera decretal de Gregorio IX. Entónces entenderá, no lo que es Dios, porque esto es imposible al mísero mortal, (2) sinó lo que

(1) Quien debía de aprender el Catecismo—no para saber la definición de un Dios *ideal* ó Dios X, que eso nada interesa, sinó para aprender las prácticas cristianas—son aquellos que están obligados á dar *ejemplo de vida*.

(2) Entónces, si el sacerdocio cristiano no sabe lo que es Dios, ó cuando ménos no vislumbra siquiera la *realidad* de su sér en algo del universo ¿su sacerdocio vendrá á ser una impostura, puesto que repugna á la razón admitir sacerdotes de un Dios que ellos mismos no conocen ó cuya entidad grandiosa no pueden fijar en *algo* de la naturaleza o *sobre la naturaleza*. El mismo Jesucristo ¿ha definido la naturaleza de Dios? No: en nada. Sólo decía: «Todos somos hermanos é hijos de un mismo padre.» Siempre dijo *Mi Padre, Vuestro Padre* (véase el sermón de la montaña): «Padre nuestro, que estés en los cielos etc. Y, aunque sea por incidencia, ¿qué quiere decir eso de *los cielos*? ¿Dónde están los cielos en el terreno de la ciencia ó de la verdad? En la inmensidad del Espacio y en la eternidad del Tiempo? Entónces están dentro de Dios mismo y Dios no puede estar todo entero *dentro de un punto dado de sí mismo, si es espíritu puro que está por igual en todas partes* (Espacio), como dice el catolicismo. Dios está dentro de sí mismo, si, porque como está todo entero en la inmensidad del Espacio y todo entero en la eternidad del Tiempo, *no tiene vida ó ser exterior* por la sencilla razón de que no hay más espacio *fuera* del Espacio ni más tiempo *fuera* del tiempo. Y ese espíritu puro (Tiempo y Espacio) no puede *achucarse* para habitar esos cielos ideales ó *punto dado dentro de sí mismo*, porque, le es imposible dejar de *Ser* (Tiempo) todo entero en todas partes (Espacio). Si Dios pudiera ser *más* de lo que es ó *ménos* de lo que es, ya Dios entónces no era Dios, puesto que no era la perfección misma: sería una elasticidad de saine, ó un *cocon* de conveniencia, como lo fué hasta hoy para cierta gentuza hipócrita que lo lleva en el bolsillo ..

Nosotros comprendemos muy bien la existencia de los sacerdotes del sol —en la antigüedad— porque siquiera aquella religión tenía un ídolo real y positivo en una de las obras más admirables de Dios, cuyo ídolo creían su Dios;—pero el catolicismo adorando aún la figura del sol —el Sacramento— y teniendo doctrinas cristianas no lo comprendemos. El catolicismo, en lo exterior, aún tiene por símbolo el idolocismo, y, en lo interior, proclama las máximas de Jesucristo. ¿Cómo conciliar esto? No basta, no, decir que así como el sol esparce á todas partes los rayos de su gracia, así la doctrina de Jesucristo los esparce: eso no es exacto por que la humanidad no es cristiana, ni siquiera en una tercera parte; y aunque lo fuera, nada tenía que ver *la figura del sol* con las máximas de Cris-

puede comprender la razón humana, ayudada de la fé, acerca de la naturaleza del Sér Supremo; porque para definir como propiedad lo que es Dios, infinito en todo género de perfecciones, sería necesaria una inteligencia infinita como la suya y que se identificase con El. (1) Sobre esto dice Tertuliano en su Apologético: «Nada nos dá una idea tan magnífica de Dios como esta misma imposibilidad de definirle; su infinita perfección le descubre (2) y al mismo tiempo le oculta:» y el gran padre de la iglesia San Agustín, cuya penetrante inteligencia le ha merecido con razón el sobrenombre de *Aguija de los Doctores*, en el libro II de sus confesiones y en la exposición del salmo 47 dice: «de Dios nada podemos afirmar y ménos aún conocerle sino por las criaturas; y esto por la vía negativa, esto es, removiendo de ellas por la abstracción todas las imperfecciones y atribuyendo á Dios lo que en ellas quede de perfecto, añadiendo siempre á la limitación de aquellas la ilimitación que á Dios conviene: pero esta vía, continúa el Santo, nos lleva á conocer mejor lo que Dios no es que lo que es.» (3) Y Cornelio á Lapide, Comen. in Joan. cap. 4.º donde reúne las definiciones que de Dios apenas tartamudearon los más eminentes filósofos, las dá admirables, tomadas de San Agustín y Arnobio. Con estos preliminares, tomando por guía á otros hombres eminentes en cien-

to, que es lo esencial de una religión Entre la *helolatria* y el cristianismo, media un abismo respecto á la creencia congénita de la Divinidad. ¿Por qué, pues, esa mistificación absurda...?

(1) Claro está que al elevarnos á la comprensión de Dios considerando su inmensidad (Espacio) y su eternidad (Tiempo), nos identificamos á él cuanto puede identificarse el sér humano al Sér divino. Nuestro espíritu lo vislumbra en toda su magestad infinita, solo que por la inmaterialidad de su naturaleza (Tiempo y Espacio) no podemos definirlo materialmente sino por la *duración* y la *extensión*, ó el *es* en que es todo, Sér supremo de todo sér.

(2) Ah! pero lo descubrel Esto mismo es lo que hemos tratado de explicar en la nota anterior.

(3) Todo eso se explica bien, teniendo en cuenta lo que es espíritu puro, y lo que es materia; lo que es increado y lo que es creado. Es así que nada, nada hay que sea espíritu puro sino el espíritu puro Tiempo y Espacio, esto es, lo eterno, lo inmenso, lo infinito *en donde es todo otro infinito y finito*, luego la deducción no puede ser más tangible respecto á la divinidad del *Es* de todo *es*, del sér de todo sér.

cia y santidad, y deponiendo á ejemplo del sapientísimo Moises el calzado, esto es, las malas pasiones, para acercarse á la zarza misteriosa, oiga la d finicion que de si mismo dá el Ser inefable, á quien toda criatura con la frente pegada al polvo debe acatar y respetar: «*Ego sum qui sum.*» (1)

(Se continuará).

UNA VOZ.

Yo conozco esa voz: á su sonido todo mi sér se estremeció temblando... héla subir cual bélico atarido á los cielos mi muerte demandando.

Conozco ya esa voz: un tiempo ufana la seña! dió de paz y de alegría, hoy retumba, cual fúnebre campana, que en alta noche anuncia la agonía.

La oyó mi corazón la vez primera, y entre aromas y púrpura sonaba, fué el céfiro vital de primavera y amor, amor, su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba oscura; nube la sigue de terror secreto; aún pronuncia aquel nombre de ternura, pero es quien le pronuncia... ¡un esqueleto!

Agigantado, aéreo luminoso, véolo alzar la vengadora frente; lánzame ese gemido doloroso y se hunde entre las sombras de repente.

Do quier que vuelvo mi aterrada planta, allí me sigue, inseparable sombra; á cada paso airada se levanta, mi nombre dice, y otro sér me nombra.

Oígola entre la espuma del torrente, oígola en el bramir del torbellino; en el sordo murmullo de la fuente, en el tronar del piélagos marino.

Ya, como aterrador remordimiento, mi sueño torna en convulsion inquieta: ya despierto á su estrépito violento cual si escuchara la final trompeta.

Ya del placer el desmayado instante con bárbara ficcion remedar quiere; ya en resuello profundo, agonizante, imita las congojas de quien muere...! de quien murió. ¡gran Dios!.. de quien mellama, de quien me emplaza á su desierto asilo; de ese tremendo sér que me reclama; que ni en la tumba me miró tranquilo.

Obedézcote ya, voz misteriosa: héme sumiso á tí, como en la vida; héme postrado ante la yerta losa; vé tu incesante peticion cumplida.

(1) Yo soy quien soy, es poesia pura. Dios jamás habló, ni podía, ni tenia para qué. Omnipotente por naturaleza en cualquier punto de si mismo (Espacio) y en cualquier instante de si mismo (Tiempo.) ¿Para qué humanizarse y hablar? La transformacion ó el antropomorfismo le es imposible, como le es imposible dejar de ser.

A pasar van, cual tu vivir amargo, los lentos dias de mi amargo duelo, y será más profundo mi letargo; que mi tumba tambien será de hielo.

De tí quedó un recuerdo de hermosa, de tí la sombra que implacable miro; de tí esa voz de muerte y de ternura, ese que vaga, universal suspiro.

De mi existencia oscura, solitaria, no quedará ni voz, ni sombra leve: no habrá en mi losa funeral plegaria, nadie que un ¡ay! por mi memoria eleve.

A nadie llamaré; ni quien se asombre habrá en el mundo á mi nocturno acento, ni, como el tuyo, mi olvidado nombre eco será jamás de un pensamiento.

1840.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL PUENTE DA.

II.

El escudero.

Poco después, la dama se cansó de su inmovilidad contemplativa, cubrió con su última mirada las arboledas por donde se perdiera el caballero, y haciendo girar graciosamente á su hacanea sobre el cuarto trasero, se lanzó al trote por las orillas del Parga, de regreso al castillo de este nombre.

El escudero se lanzó en pós tambien al trote; pero guardando extrictamente una distancia como de quince á veinte pasos.

Luégo, al llegar á las primeras rocas que se alzan en torno del lago sirviéndole de marco, el escudero, como obedeciendo á un pensamiento poderoso que le impulsára á ello, volvió á acercar su alazan al de Leonor.

—Otra vez! dijo ésta reconviniéndole por su descortesía.

—Si!... gritó el jóven como si le dominara un vértigo horroroso, otra vez y ciento si es posible.

Y frente á frente de la hermosa castellana de Parga, fijó en ella sus ojos azules, con altivez y fiereza.

—Nuño Perez! exclamó Leonor; ¿qué quereis?.. ¿qué indica esa arrogancia ante vuestra señora?

—No es arrogancia ni altivez lo que siento... Lo que siento, señora, es una pasion que me vuelve loco.

Y entónces, al acabar de proferir estas palabras, sus miradas cayeron sobre las crines de su alazan como si no pudiera soportar las de la dama.

La dama se rió de su alteracion y de aquellas palabras.

—Cuidado que estais gracioso y estúpido á la vez! le dijo.

Y puso su hacanea al trote volviéndole la espalda.

—Señora! exclamó Nuño Perez poniendo su alazan delante de la hacanea; ¿por qué gracioso y por qué estúpido al revelaros lo que siento?

—Nuño Perez, paso!! gritó la dama montada en cólera.

—No...! no...! gritó á su vez el escudero con no ménos orgullo y dignidad. No pasareis sin oirme ántes! Fuera el más horrible de los tormentos, el tormento de no oirme cuando voy á hablar, cuando voy á hablaros de esta pasion que, como os dije antes, me vuelve loco; y que, como os digo ahora, me abrasa y me consume!

—¿Y yo qué tengo con vuestros achaques de amor? preguntó la dama con desprecio.

—Vos!... vos más que nadie... porque vos, y siempre vos, sereis el objeto de mi adoracion eterna.

A esta expansion del escudero, la dama depuso su altivez, pero se rió con más fuerza.

—Oh! no más desprecios! no más careajadas, señora! bramó Nuño Perez con energia; ó no respondo de mí!...

Más y más se rió la dama á estos arranques amorosos del escudero.

—Oh! volvió á exclamar este; ¿por qué reiros de mí, señora? ¿Por qué os reis de la pasion que me consume y que vos despertasteis en mi alma?

Y pretendió tomarla una mano.

Entónces, ya no fueron sonrisas ni careajadas de desprecio las que contrajeron los labios de la dama; hizo atrás su hacanea, y despidiendo fuego de sus ojos sacudió un latigazo al imprudente y enamorado doncel.

Al chasquido del látigazo, y al dolor consiguiente á él, Nuño Perez retrocedió tambien lanzando una imprecacion terrible.

Despues, echó mano á la daga que pendia de su ancho cinto de cordoban, y furioso, desatentado y frenético, picó á su alazan para que avanzara sobre la hacanea de la dama y poder herirla ó asesinarla al impulso del coraje que lo poseia.

La dama palideció al ver brillar la daga; pero firme é inmóvil en su puesto, soltó las riendas y se cruzó de brazos, con toda la dignidad de una reina y mirando al miserable fija y altivamente.

Al fuerte espolazo del escudero, el alazan se encabritó sin avanzar ni cejar, como si el instinto del animal se rebelara contra la idea sangrienta que dominaba á su ginete.

Nuño Perez volvió á hundirle las espuelas otra vez, y otra vez volvió á encabritarse el alazan dando furiosos botes, resistiéndose a dar un paso más para aproximarse á la hacanea.

—Nuño Perez de Castro, dijo por fin la dama con una serenidad admirable; no os molesteis en picar al caballo... Apeaos, que yo me apearé tambien, y veremos si teneis valor para llevar á cabo vuestros deseos sangrientos.

Y veloz como una hada, y como una hada hermosa, saltó de su hacanea, quedando plantada en medio del camino y cruzada de brazos como ántes.

El escudero se apeó tambien en seguida, y corrió á su encuentro con el puñal en la mano. Pero sin duda le impuso la serenidad y entereza de la dama, pues se contuvo en el momento de herirla.

—Oh! exclamó arrojando el puñal; Dios tenga

piedad de mí, señora, ya que vos no teneis ninguna de la pasion que me hace perder el juicio!

Entónces, á estas palabras del escudero, una sonrisa de desprecio erró por los labios de la dama.

—Cónque no teneis valor para matarme porque desoigo vuestro amor, miserable! dijo con altanería como si quisiera excitar á un crimen al escudero ó desafiár su cólera.

El inclino la cabeza sobre el pecho.

—Ved á dónde os arrastró vuestra locura! prosiguió ella lentamente. Y ahora... ¿qué será de vos ahora, villano?

El escudero continuó cabizbajo.

—¿Quién os salvará de la cólera de vuestros señ. res... á vos, escudero vil, que habeis sacado un puñal para mí porque desprecié vuestro amor, impuro y detestable?

La cabeza del escudero se enderezó á estas expresiones de la dama, y fijó en ella una mirada suplicante.

—Oh! continuó ella; preciso es que estuviéseis loco para hacer cuanto acabais de hacer, miserable!

—Perdon!... perdon!... imploró entónces el escudero.

Ella lo miró con más desprecio aún; con todo el orgullo de una dignidad de aquellos tiempos de señores y de siervos, á quien se ofendiese cruelmente.

—Ay de vos! dijo despues de una pausa; ay de vos, Nuño Perez, que así acabais de faltar á la dignidad de una dama y de vuestra señora ¿Quién os librará del furor de don Gutiérre al saberlo? ¿Qué creéis que hará con vos, vuestro señor, cuando sepa que ultrajasteis tan vilmente á su esposa? Os despedazará, villano!

—Piedad!... piedad!... volvió á suplicar el escudero. Perdonad á un hombre cuyo delito es amarnos más que á todo cuanto conoce! Perdonad á un corazon cuyo delito es sentir por vos un amor tan grande que nada, ningun respeto, ni consideracion alguna ha podido impedirle caer á vuestros piés con el peso de su pasion frenética! Apiadaos mi juventud, señora! Api deos mi dolor, señora, y no me condeneis a la cólera de vuestro esposo! Os lo suplico de rodillas!

Y se arrodilló, plegando las manos sobre el pecho.

La dama entónces se acercó á él y le tendió una mano.

—Bien, Nuño Perez, le dijo; tendré compasion de vos: y por consiguiente nada sabrá mi esposo.

—Oh! exclamó el escudero besando aquella mano con trasporte, cuán buena sois, señora mia!

Momentos despues subieron sobre sus caballos, y los dos, costeando el lago a buen trote, fueron á perderse entre las arboledas del rio, que marcaban el camino del castillo.

No hubo una palabra más de parte á parte. Tan sólo el escudero caminaba sumamente reflexivo, y lanzando á su señora miradas de tan profundo ódio que, á volver ella la cabeza alguna vez y sorprendier alguna, quizá le revelara el rencor que llenaba su alma negra y miserable.

B. VICETTE.

(Se continuará.)

LATIDOS DEL CORAZON.

¡Veinte años, edad florida
de ilusiones y placeres!
detén tu marcha atrevida,
que en cada paso que diéres
vas acortando la vida;

Edad de goces y encantos
tan ligeros como el viento,
edad que en lúgubres cantos
plañira con tristes llantos
el gastado pensamiento;

Edad que quiere pasar
y despues quiere volver,
porque es la vida de amar,
el más seductor placer
que sabe el hombre gozar;

Edad brillante cadena
de doradas ilusiones
que á enmohecerse condena
la misma aurora serena
que aumenta sus eslabones.

No anheles el porvenir,
corazon, desengañado;
vendrás mañana á sentir
el camino que has andado
en la senda del morir

Que ese próximo mañana
que la mente enloquecida
por alcanzar tanto afana,
convertirá una campana
en un ayer de la vida.

Y ese ayer triste y sombrío
que pasó no solo advierte,
pues con su recuerdo frío
hace temer más la muerte
al hombre ménos impío.

Medita cual van pasando
las horas que van viniendo,
y de esta vida menguando
los instantes que volando
la muerte nos van trayendo.

¡Cuanto ménos mal hubiera
si en nuestra mente gravada
esta verdad estuviera!

«De nada el hombre nacier a
para volver á la nada.»

Pero late, corazon,
péndulo de mi existencia,
que tu acompasado son
ilumina mi razon
avisando á mi conciencia.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1856.

GALICIA PINTORESCA.

LA CASCADA DEL TOJA.

(CONCLUSION.)

Allí está la cascada; pero la escabrosidad del terreno, y las malezas que crecen por todas partes, no permiten aproximarse y, sobre todo para

disfrutar del lujo de su grandeza, es preciso descender hasta su pié.

Poco á poco se desbancó el ruido, y un silencio sepulcral le sucede, silencio que sólo interrumpe el movimiento de las hojas; pero al terminar la arboleda, otro cuadro sorprendente é inesperado, se desenvuelve como por arte mágica ante nuestros ojos. Nos hallamos casi en la cumbre de una montaña, y en frente de otras dos separadas por un estrecho pero profundo espacio; y allá en el fondo á una prodigiosa distancia, descubrimos tres fajas de agua espumosa que se tocan en el intermedio de las tres montañas, y dejan llegar al oído un susurro casi imperceptible. La que corre a nuestros piés es el Toja, la que por el frente ciñe una montaña desnuda de vegetacion es el Deza, confundiendo los dos rios para formar juntos el brazo que se dirige á la izquierda y lleva sus aguas al Ulla en el pintoresco valle de Cira.

Para bajar al fondo de aquellos precipicios fuémos forzosos alejarnos un poco de la cascada. A la derecha hay un sendero que baja serpenteando por entre los peñascos de granito; pero un suelo que se desmorona bajo los piés en una pendiente casi vertical, más de trescientos piés de elevacion, nos ofrecia demasiado peligro para que no prefiriésemos seguir otro camino más ancho, que aunque obligandonos á dar largos rodeos, nos permitia llegar á caballo hasta corta distancia de la orilla. Sin embargo, nos apeamos y tomamos esta última direccion también bastante estrecha y desigual y cortada a cada paso por los arroyos que penetran por lagarganta de la montaña.

El ruido sordo en un principio como zumbido de una legion de tabacos, aumenta rápidamente á medida que nos vamos aproximando. Cada paso nos trae mayores oleadas de agreste y pavorosa armonia. De repente hiere nuestra retina una mancha blanca, como la cresta de una montaña nevada; es el principio de la catarata, mientras que el resto permanece todavía oculto detrás de un enorme grupo de peñas que avanza atrevidamente desde la orilla izquierda; mas al trasponer este grupo, operacion que llevamos á cabo, casi la cámara, es cuando se presenta con toda su majestad y hermosura el imponente espectáculo de la cascada del Toja.

¡Oh! no hay palabras en el pensamiento, no hay colores en ninguna lengua del mundo, no hay líneas bastantes en la geometria que lleguen á retratar un conjunto tan perfecto de grandeza y sublimidad. No es el imponente estruendo de las aguas, no es el espectáculo de aquellas gigantes cas columnas de granito, no es aquella disforme manga de espuma que se desgaja por el espacio, como si fuera el horrible resoplido de uno de los disformee cetáceos anti diluvianos, no es el contraste de aquellos canastillos de verdura, aquí y allí esparcidos, como un manojo de flores derramado sobre la tumba de los héroes fabulosos que yacen enterrados bajo el Pelion y Osa, no es ninguno de estos detalles flo que absorve el ánimo, y hace enmudecer los labios; es el todo, es ese vapor que despiden los espectáculos suntuosos de la naturaleza, y que como la respiracion del azoe, producen en nosotros esos deleites que regocujan el cerebro, pero que angustian el corazon.

Estrechado el Toja por las montañas, entorpecido su curso por los peñascos, se lanza con furia contra estos obstáculos. Sus aguas se confunden, avanzan y retroceden, y ya giran en las oscuras concavidades de las rocas, ya resbalan por una superficie desigual blanca y lustrosa. De pronto falta el lecho del río, y éste se precipita desde una altura de sesenta pies.

Imposible es explicar la impresión de profunda melancolía que se siente en aquel lugar. A la derecha grupos extraños y caprichosos de rocas húmedas y ennegrecidas, se adelantan, apoyándose unas sobre otras, como si fueran las ruinas del Pandemonium de Milton; á la izquierda una pared elevadísima deja ver entre sus grietas algunos arbustos que se sostienen con trabajo y asemejan la yerba de aquel muro de la naturaleza, y á dos tercias de la altura de esta pared, una peña saliente sostiene una pirámide de rocas que parece levantada por la mano del hombre.

En el fondo de aquel abismo sombrío sobre cuyos bordes parece apoyarse la bóveda del cielo, ante aquella masa de espuma que se desprende como una masa atronadora, apodérase del alma una sensación de vaga é indefinible tristeza, que perturba la razón y confunde todos los objetos.

Agrúpanse entonces en la mente todos los recuerdos de la vida que han conmovido alguna de las fibras de nuestro sér, y las amargas meditaciones que borran el pasado y el presente, para reducir á un sólo punto ante la duración de los siglos, el relámpago de nuestra existencia.

Desde que una fuerza poderosa rasgó aquellas montañas, pasaron las generaciones, empujándose unas á otras, como aquellos copos de espuma, para precipitarse en el abismo de la nada á presencia de aquellas rocas duras, inmóviles y eternas para el hombre, pero deleznales también y perecederas ante la eternidad del tiempo.

La cascada del Toja presenta un aspecto muy diferente, según la estación en que se observa.

Si se aprovecha uno de esos alegres días que suceden á las lluvias copiosas tan frecuentes en el país durante el invierno, lo que se siente no es una impresión de tierna melancolía, sino de terror y de disgusto inexplicable.

Entonces el ruido es tanto más violento cuanto que el Toja, triplicado el caudal de sus aguas, cubre las peñas que se oponen á su curso, y se desliza silencioso hasta el momento en que se desploma. Entonces tampoco se desprende verticalmente, doblándose como una cinta de gasa blanca, sino que se lanza con furor, describiendo una curva, como el inmenso chorro de una fuente prodigiosa.

Para admirarla bajo esta nueva forma, es preciso cubrirse perfectamente y resolverse á entrar en una atmósfera húmeda y penetrante. Conforme se adelanta el observador por el sendero que conduce al fondo, trae el viento á su rostro algunas gotas que cubren también sus ropas, como el rocío, y que al llegar al grupo de peñas que oculta la cascada, se convierten en una lluvia menuda y copiosísima. Allí se vuelve el cielo de un color ceniciento, una densa niebla llena aquel recinto y cubre todos los objetos, y de su centro sale aquel estruendo horripón que ensordece y atemoriza.

De tiempo en tiempo, violentas ráfagas, producidas por el descenso del agua, azotan la cara: á su impulso se vé girar circularmente aquella gran mole de niebla, romperse, dispersarse por entre los precipicios, y salir en fin, formando espirales por la boca del abismo, como la columna de humo de un volcan, para volver á caer, convertido en lluvia.

Hay un momento entonces en que, por entre los densos torbellinos de niebla, se percibe como una cortina negra el agua de la cascada y los peñascos que vierten por sus ángulos la incesante lluvia que reciben.

El estruendo, la oscuridad y el conjunto sombrío de aquellos objetos medio velados, producen en el cerebro del espectador un vértigo tal, que como entregado á un sueño pavoroso, ó al delirio de una fiebre ardiente, cree ver estremecerse las rocas sobre sus bases, y oír como acrece y se aumenta el ruido de las aguas, cual si se conjurasen para inundar el valle y arrebatarle á él, átomo imperceptible de entre aquella inmensidad.

Este espectáculo sólo se goza un momento. La lluvia que penetra empapa los vestidos, así como el deseo de respirar con libertad, obligan bien pronto á retirarse. A pocos pasos se vuelve á ver el limpio azul del cielo, y un hermoso arco iris terrestre que apoya en los peñascos los extremos de su semicírculo de colores, nuevo nuncio de paz para el alma fatigada de tan terribles sensaciones.

Hasta hace algunos años ninguna señal revelaba allí la presencia de un sér humano; hoy crecen los árboles sobre una pradera esmaltada de flores; trepa la vid por los emparrados rústicos, y desaparece el sendero bajo las flexibles ramas del mimbre; una choza rústica completa el monstruoso contraste y la linda variedad del paisaje. La mano del hombre ha penetrado ya en aquellas soledades.

Tal es la cascada del Toja. Al Sr. D. Antonio de Valenzuela Ozores, mi ilustre *cicerone*, y uno de los más inteligentes mineralogistas de Galicia, debe el país el descubrimiento y la publicidad de este cuadro sublime de la naturaleza, y mi amistad el recuerdo indeleble de su sublime perspectiva.

1850.

J. R. Y FIGURROA.

EN EL ÁLBUM DE LA TORRE DE HÉRCULES.

Yo vi tu luz que reflejó en mi cuna
allá en los años de mi edad primera;
léjos de tí llevóme la fortuna
siguiendo de tu vida la barrera.

Hoy al verte otra vez, yo te saludo,
memoria dulce de esa edad de calma;
y quedando ante tí mi labio mudo
grato recuerdo te consagra el alma.

1850.

El Conde de la Torre.

ESTUDIOS SOCIALES.

EL AUTO DE FÉ DE 1680,

A mi digno y querido amigo el Sr. D. Beuito Vicetto, historiador de Galicia.

I.

El Santo Tribunal de la Inquisición, horror de los siglos, no tuvo en Galicia fasto más brillante que el

auto de fé celebrado en Santiago con 39 infelices el 18 de octubre de 1668.

Barbarie es quemar á un hombre por sus creencias, cuanto más quemar á treinta y nueve. Pero la Inquisición hizo tantas de estas fuera del territorio gallego, que por señalada merced del cielo podemos blasonar de no haber convertido en brasero nuestros mayores la noble patria cuyo escudo ostenta la prenda de las divinas misericordias, el inefable sacramento del amor.

Al declinar el siglo XVII, cúpole á un hijo de Galicia representar el primer papel en las terribles escenas del santo Tribunal, si bien lejos de los hogares en que había nacido á la luz.

Como contraste del abandono y postración en que yacía la antigua Suevia, figuraban los gallegos en los más altos puestos de la monarquía. Ministros, vireyes, embajadores, prelados, todos salían entónces de la region del Miño, y hubo de ser Inquisidor General un hijo de las playas viguesas.

D. Diego Sarmiento de Valladares vino á la vida el 10 de agosto de 1611, día de S. Lorenzo el martir losado, lo que podría haber servido de augurio para presagiar los destinos del recién nacido.

Llegó á ser este el honor del colegio de Santa Cruz de Valladolid, catedrático de derecho, prior de Araucosa, obispo de Oviedo y de Plasencia, presidente del Real Consejo de Castilla é Inquisidor General en 1669.

Lo cual quiere decir que sólo le faltó el título de rey, pues lo fué en realidad durante la minoría del malaventurado Carlos II, y áun bastante despues.

El talento de este hombre fué inmenso y su memoria monstruosa. Al un día lo evidenciarémos en nuestra *Galería de Gallegos Ilustres*. Por hoy baste hacer constar que Feijóo le llamó *héroe de la jurisprudencia*.

Si apesar de ello, maravilla que un eclesiastico de tanto mérito consintiese en quemar herejes por quemar herejes por amor de Dios, debemos pensar que las épocas hacen los hombres.

Presidido por él, tuvo lugar en Madrid el nueva bien ponderado auto de fé de 30 de junio de 1680, cuyas curiosas circunstancias, por lo que á Galicia atañen, intentamos reseñar aquí brevemente.

II.

Los autos de fé eran parte esencial é integrante de un señalado festejo, cuando por sí no constituían espectáculo exclusivo.

Se anunciaban zambras y cuecañas, músicas y cohetes, toros y procesiones, y por fin de fiesta escribían al rey hombres más sesudos que Chaves: *tendrémos auto*.

Las causas próximas del que nos ocupa, fueron las bodas de Carlos II con María Luisa de Orleans, que era preciso celebrar con todo aparato, sin duda para que la nueva reina conociese bien el país; y el estar atestadas de reos las cárceles inquisitoriales de España, de manera que se hacía indispensable desocuparlas.

No parecerán muy fuertes las razones, pero no dá otras la historia. Y la minuciosa y detallada descripción del auto por José del Olmo, director artístico de la solemnidad, tampoco presenta más.

Contamos, pues, y no comentámos.

Señalóse el día 30 de junio de 1680, fiesta de S. Pablo el apóstol de la *espada*, que en todo se fijó el escrupulo ó afán del rey, de su madre Mariana de Austria y del obispo Sarmiento de Valladares.

Este fué á convidar en persona al duque de Medinaceli para que llevase el estandarte en la procesion de la famosa *Cruz verde*, como primer ministro de la monarquía católica.

Despues nombró comisiones para levantar el tablado ó teatro en la plaza Mayor; para disponer doseses, sillás y bufetes; para regir y ordenar la procesion; para arreglar el despacho de las causas, alojamiento y vestido de los reos; para dirigir el ceremonial del auto; y para prevenir dulces y refrescos en obsequio á los fatigados jueces.

Tantas atenciones no podían pesar sobre una sola persona, y el Inquisidor se asoció de casi todos los de España, á quienes hizo venir á Madrid. Entre estos, debemos citar á los gallegos D. Antonio Zambrano de Bolaños, inquisidor de Granada; D. Francisco de Lanzós y Solomayor, hermano del conde de Maceda, inquisidor de Cuenca; y D. Antonio Sanchez de Aponte y Andrade, que luégo quedo rigiendo la inquisición de Valladolid.

El jueves 30 de mayo, fiesta de la Ascension, se publicó el auto.

A las 3 de la tarde se colocó el estandarte en el balcon principal del palacio de la Inquisición, calle de Torija, residencia del obispo, al acorde sonar de clarines y tímboles. A las 5 salió el escuadron de la fé, compuesto de 150 ginetes vistosamente engalanados, y se pregonó el auto en los principales sitios de Madrid bajo esta fórmula:

—Sepan todos los vecinos y moradores desta villa de Madrid, corte de S. M., estantes y habitantes en ella, como el santo oficio de la inquisición de la ciudad y reyno de Toledo celebra auto público de la fé en la plaza mayor desta corte el domingo treinta de junio deste presente año, y que se les conceden las gracias y indulgencias por los sumos pontifices dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto. Mandase publicar para que venga á noticia de todos.»

El pueblo gritaba despues con religioso entusiasmo.

—¡Viva la fé de Cristo!—

III.

Por vía de paréntesis y como aclaracion á un interesante punto del citado bando, resumimos aquí las *indulgencias* concedidas á favor de la Inquisición.

Urbano IV, por cada auto ó juicio acabado hecho por un inquisidor, le concede indulgencia plenaria igual á la otorgada por el concilio de Letran á los cruzados de Tierra Santa.

El mismo papa y su sucesor Clemente IV conceden tres años de indulgencia á todos los oficiales de la Inquisición, *incluso el verdugo*, por cada causa separada y distinta de otra.

Gregorio IX por la bula *Ille humani generis*, y Adriano IV por la *firmissime teneat*, confirman la gracia anterior.

Urbano IV y Clemente IV tambien conceden indulgencia plenaria en el artículo de la muerte á todos los inquisidores.

Clemente VII por la bula *Cum sicut* estiende el perdón á los familiares, crucesignatos y delatores, pudiendo ser absueltos de todo crimen, aún de los reservados por la célebre bula *In caena domini*.

Calisto III por la bula *Injunctum nobis*, siguiendo á sus antecesores Urbano y Clemente, concede indulgencia plenaria por la asistencia á la prision de un hereje, acto igualmente meritorio que la conquista de Tierra Santa.

Paulo V confirma, renueva y añade todas estas gracias y las comunica al que sienta afecto y lo manifieste hácia el Tribunal de la fé.

En proporción de las gracias eran los castigos. Sea suficiente decir que el tocar un edicto de la Inquisición fijo en una pared, atraía sobre el osado la excomunion mayor.

IV.

El teatro se alzó en la plaza Mayor con inusitado lujo.

Omitiendo los detalles de su decorado, sólo haremos constar que el palco, balcón ó dosel del inquisidor se colocó á más altura que el del rey. Este era á la segunda persona.

Se formó la compañía de los soldados de la fé: doscientos cincuenta hombres armados, y en cuyas picas se colgaron las fajas para el quemadero, siendo la primera que se echó al fuego la de Carlos II.

Y para ganar el tesoro de indulgencias y honrarse con el nobilísimo título de familiares del Santo Oficio, pretendieron y lograron usar sobre el pecho el distintivo de la *crux verde* 25 grandes de España, entre ellos los gallegos D. Luis de Moscoso Osorio, conde de Altamira; D. Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemos; y D. Juan Domingo Zuñiga y Fonseca, conde de Monterrey; 27 títulos de Castilla, entre ellos el gallego D. Garcia Ozores Lopez de Lemos, conde de Amarante; y 23 personajes de las primeras familias, entre ellos los gallegos D. Baltasar de Mendoza y Caamaño, hermanos del marqués de Villagarcía; D. José Lopez de Lemos, del conde de Amarante; D. Francisco y D. Salvador de Castro, ámbos del conde de Lemos.

El marqués de Poyar mandaba los alabarderos, armados á su costa, como *protector* que era de la inquisición.

El 29 de junio se verificó la procesion que anunciaba la solemnidad del siguiente día, y á la noche se notificaron á los reos las sentencias en esta forma:

— «Hermano: vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas de grandes letras y ciencias, y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejemplo dellos, se ha hablado y juzgado que mañana habéis de morir; prevenios y apercebid: y para que lo podáis hacer como conviene, quedan aquí dos religiosos.» — Merecieron este conueto 23 reos.

V.

Á las siete de la mañana del 30 de junio de 1680 salió la procesion de los reos para la plaza Mayor, con el siguiente orden:

Los soldados de la fé.

Cruz y cleo de San Martin.

Treinta y cuatro estatuas de reos, ya muertos, ya fugitivos. Llevaban en el pecho el nombre y el crimen; y algunos la arquilla de huesos del sentenciado, que hubo que desenterrar.

Ocho penitenciadas, unos por polígamos, otros por supersticiosos, con tantos nudos en la ropa como centenares de azotes iban á sufrir.

Cincuenta y cuatro judaizantes con sambenitos.

Veintiun reos que relajar, con corazas, mordazas y esposas. Todos iban uno á uno, entre dos ministros.

Eran en total ciento veinte.

El Tribunal, cuyos secretarios llevaban las sentencias en arcas de oro.

Los familiares, incluyendo aquí los nobles citados, ginetes en magníficos corceles y rodeados de la mayor pompa.

El Concejo de Madrid.

El estandarte de la inquisición, llevado por su fiscal.

Los tribunales de la corte.

La Cámara de Castilla.

El Alguacil mayor de la Inquisición, que lo era el gallego D. Antonio Segade Bugueiro, caballero de Santiago, debía seguir aquí; pero no asistió por estar enfermo.

El real consejo de la Suprema.

El inquisidor general D. Diego Sarmiento de Valladares, con muceta morada, mantilete, falda larga de chamelote de aguas, sombrero de borlas y cordones, y cabalgando en un hermoso bruto color bayo con cabos negros, tocado de citata y felpa morada, servido por doce lacayos con ricas libreas.

La guardia de alabarderos del marqués de Malpica.

Al llegar la comitiva á la plaza Mayor, estaban ya los reyes en su puesto, y ocupados los balcones segun la distribución hecha por el duque de Frias. Las damas ostentaban la *crux verde* en el pecho.

Fué cada cual al lugar designado, y en seguida se tomó juramento al rey de defender la fé católica. Todos estuvieron de rodillas, ménos el obispo inquisidor, ante quien juró Carlos II lo que se le pidió.

Empezó la misa.

Al ofertorio se interrumpió para recibir juramento de la villa de Madrid representada por su concejo.

Después se leyeron las sentencias y se hicieron las abjuraciones. Concluyó esto á las nueve de la noche, y la misa que volvió á reanudarse, terminó á las once y media. Desde el rey hasta el último soldado, nadie se había movido de la plaza en 14 horas.

Los reos partieron de allí al quemadero ó á las cárceles, segun sus condenas.

El inquisidor se retiró en una silla de manos, de feipa morada, con cuatro silleros, doce lacayos con hachas, y escoltado por su caballerizo don Juan de Ocampo (á guisa de rey), siguiéndole tres coches de respeto.

Carlos II, su infeliz esposa que padeció horriblemente durante el auto, y su madre tornaron á palacio, despues de haber redificado á las gentes actuales y venideras con tal ejemplo de constancia.

VI.

Recordaremos ahora los condenados, naturales de Galicia, omitiendo los demás, que lo eran como aquellos de la clase más ignorante del pueblo por punto general, algunos de 12 y 13 años de edad, infelices niñas ilusionadas, que purgaron su inocencia cual familias enteras su extravagancia.

Hé aquí los reos gallegos:

Luis del Valle, de 28 años, de Chancin, estanquero en Alcalá: judaizante.

Isabel Enriquez, de 23 años, de Chancin, prima y esposa del anterior: judaizante.

Juan Bautista Pereira, de 37 años, de Monforte de Lemos, mercader: judaizante.

Maria Enriquez, de 43 años, de Chancin, reconciliada en el auto de Llerena (23 de abril de 1662): judaizante relapsa.

Violante Enriquez, de 41 años, de Chancin, hermana de la anterior, reconciliada como ella: judaizante relapsa convicta y negativa.

Felipa Lopez de Retondo, de 70 años, viuda, madre de las anteriores, natural de Chancin: judaizante relapsa.— Toda su familia fué víctima de la inquisición.

Baltasar Lopez Cardoso, de 33 años, de Verin, vecino de Celanova, estanquero: judaizante pertinaz.

Felipa Lopez, de 30 años, de Verin, prima del anterior, casada: judaizante pertinaz.

Además de estos, debemos citar siete vecinos de Orense, dos de Cangas, uno de Pontevedra y otro de Neira, que dan con los anteriores un total de 19 reos procedentes de Galicia.

VII.

Las sentencias de muerte se ejecutaron durante la noche.

El brasero, construido en las afueras de Fuencarral, tenía 70 pies en cuadro y 7 de altura.

Primero sufrieron garrote los reducidos, y luego se aplicó la pena á los pertinaces, que fueron quemados vivos, — dice José de Olmo, — con no pocas señas de impaciencia, despecho y desesperacion.

Y echando todos los cadáveres en el fuego (continúa el historiador del auto), los verdugos le fomentaron con leña, hasta acabarlos de convertir en ceniza, que sería como á las nueve de la mañana.

Ya era, pues, el 1.º de julio cuando repicaban las campanas por el triunfo de la fé.

El día 3 fueron castigados los que habian de sufrir azotes y vergüenza pública, y el 4 salieron para sus respectivas cárceles ó destierros los que salvaron la vida.

En estas trágicas escenas, añade Mesonero Romanos, ostentó la suprema Inquisicion, como en último alarde solemne de su poderío, todo aquel aparato terrible á par que magnífico, con que solía revestir las decisiones de su tribunal.

VIII.

Tres años despues, el famoso manierista Francisco Rizi pintó un cuadro en el que perpetuó el terrible drama de 1680.

El lienzo, de 2, 77 metros de alto por 4, 38 de ancho, fué encerrado en un soberbio marco negro con arquitrabe tallado y dorado, y adornaba el palacio del Retiro á la muerte de Carlos II.

Hoy puede estudiarse la obra de Rizi en el Museo del Prado.

El pintor quiso dar la idea más cabal de la solemnidad, y representó simultáneos los principales actos sucesivos de la misma: «la llegada de los ministros y familiares del Santo oficio en sus arrogantes caballos; la subida de los inquisidores y consejeros al teatro por la escalera de la izquierda, y de «los ensambonitados por la de la derecha; la colocacion de todos los concurrentes en sus respectivos puestos; la vuelta del inquisidor general á su sólo despues de recibir al rev el juramento; la conduccion de los reos á las jaulas donde se les leian sus causas y sentencias, y al altar donde hacian sus abjuraciones los que habian de prestark; y por último, el sermón dirigido á la inmensa concurrencia, «y la celebracion de la misa.» P. de Madrazo: catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado.

Mas de tres mil personas aparecen en el lienzo, sin que por esto, ni por el forzado sineronomismo del cuadro, ni por lo 75 años de edad del artista, desmerezca la obra del ideal estético.

Son de notar en ella los retratos del obispo Sarmiento de Valladares, primera figura de la fiesta; del confesor del rey. Fr. Francisco Reluz; de Carlos II, de Maria Luisa de Orleans y de Mariana de Austria.

A la derecha del cuadro se lee esta inscripcion: «Reinando Carlos II, rey católico de las Españas y «emperador del Nuevo Mundo, y siendo inquisidor «general D. Diego Valladares Sarmiento, obispo de «Oviedo y Plasencia, del consejo de Estado de S. M. «Año de 1680 á 30 de junio.»

En el lado opuesto se consigna: «Rizi, Hispaniarum regis pictor, faciebat, anno Domini 1683.»

Tosman ejecutó un buen grabado de este lienzo, y recientemente lo fotografió Laurent.

IX.

El Inquisidor gallego dobló su influencia y respetabilidad desde la fecha del auto.

Su nombre y su voto inclinaban la balanza de la gestion pública; y entre las muchas pruebas que po-

drian aducirse de lo que significaba en la corte, basta recordar los títulos nobiliarios otorgados en su tiempo á hidalgos gallegos, algunos de los cuales pertenecian á su ilustre prosapia.

Sirven de ejemplo, citadas á la ligera, las mercedes del vizcondado de Meira, concedido en 1669 á su sobrino D. Luis Sarmiento, que fué primer marqués de Valladares en 1673; el marquesado de Santa cruz de Rivadulla, en 1683; el condado de Taboada, en el mismo año; el marquesado de Bendaña, en 1692; el de Mos, en igual fecha; el de Figueira, en 1697; gracias que, si no se debieron á la influencia omnimoda del obispo, testifican al ménos cuanto apreciaban los reyes los servicios de nuestros nobles.

Aun despues de la extincion de la casa de Austria, otro sobrino del prelado recibia el título de duque de Atrisco con grandeza en 1704; y á los méritos de este se unian los de la casa de Solomayor, que adquiria la grandeza en 1703; y se otorgaban el marquesado de Bóveda de Limia en 1701, el de Santa Maria del Villar en 1705, el condado de San Roman en el mismo año, y el marquesado de Santiago en 1706.

El territorio gallego no abundaba en venturas, pero sus hijos brillaban al nivel de los más esclarecidos españoles.

Entre las fundaciones del prelado, llaman la atencion algunas rentas para distribuirse á los pobres de Valladares, Sojamonde y Meira; otras para rescatar cautivos, naturales de las comarcas viguesas; y cuatro dotes para doncellas huérfanas que tomen estado de matrimonio y no otro, cláusula rara en un inquisidor.

Si el mérito se acrisola por la comparacion, sirvanos de consuelo el pensar que el Excmo. Sr. D. Diego Sarmiento de Valladares, á pesar de su poder y de la época en que floreció, se quedó bastante atrás del inimitable Torquemada, de quien se dice que pronunció cien mil condenas y ocho mil sentencias de muerte, sin contar las que recayeron sobre los judíos, á cuya expulsion contribuyó eficazmente.

Y aqui ponemos punto á esta desaliñada y digresiva aunque verídica memoria del auto de fe de 30 de junio de 1680, celebrado por el Inquisidor hijo de Vigo.

X.

Al amigo y hermano en Galicia á quien dedicamos estas páginas, nada ofrecemos digno de un historiador de la patria. Pensémos, pues, que si ello habia de constituir una conversacion privada se ha convertido en palabra escrita y pública.

Pocos, tal vez ninguno de nuestros compatriotas necesitan de ella, porque conocen mejor que nosotros el acontecimiento que referimos.

Pero si con refrescar su memoria, dadas las circunstancias de esta época, conseguimos algo útil por poco que sea, no habrémos perdido el tiempo.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid, julio 1874.

Contestamos á este artículo que nos dedica la galana pluma del Sr. Vesteiro y Torres, abriendo la Historia de Galicia y copiando de ella lo que escribimos y publicamos con anterioridad, referente al estado social de Galicia en el reinado de Carlos II; — con lo que nuestros lectores formaran completa idea de la *felicidad* que nos traería una monarquía teocrática como la de entónces.

«Para caracterizar á Carlos II y por consiguiente á su reinado, basta decir: — que lo habia educado la

clericalla, inculcando en él tanto fanatismo que áun declarada su mayor edad, le hizo creer aquella que tenía los enemigos en el cuerpo:—que su confesor era para el caso su primer ministro:—y que los obispos venían á ser capitanes generales de las provincias, ó de sus respectivas diócesis cuando ménos.

Jamás la teocracia, como gobierno político, se acentuó tanto en la historia como en este reinado. Podía decirse que la division territorial, era más bien por diócesis que por reinos ó provincias, —subdividiéndose más que nunca las diócesis en parroquias para los efectos de la vida civil, no en juzgados y en municipios. La estructura monárquica, así en el orden político como en el orden moral, era enteramente clerical ó teocrática: los demás elementos que componían el organismo del estado como la aristocracia salariega y la democracia en general, yacían accidentalmente anonadados, agitándose débil y vagamente, el uno en torno de los prelados ó en la guerra estéril de Flandes, y el otro también desangrándose en la guerra y con muy escasa significacion en los municipios.

Escusado será decir el vuelo que tomó entonces el horrendo tribunal de la Inquisicion. Era el único tribunal que funcionaba: era el tribunal de los tribunales; pero que tribunal! tribunal que despues de secuestrar los bienes de sus victimas, las torturaba en inmundos y oscuros calabozos, para obligarles á confesar y reconocer á su despecho y en falso, proposiciones en que ni soñaran;—tribunal que diez-maba el número de habitantes y aterraba á los pueblos con su *oficio* tan horrorosamente *santo* (1).

Aquella explosion horrenda del maquiavelismo religioso ó triunfante; aquella plétora de poder teocrático que impregnaba el organismo político de la monarquía, ya venia elaborándose, y minando la sociedad cristiana, desde muchos siglos atrás. En el IV de la era de Jesucristo, el emperador Constantino concediera á los falsos cristianos (porque falsos son los que no profesan las máximas de Cristo), dominio de terrenos, esclavos, regalias, inmunidades y preeminencias que constituyen desde entonces el elemento histórico de la teocracia gentilica;—elemento que contaminó y transformó por medio de los goces mundanales, al verdadero elemento cristiano, hijo directo de Jesús, de los evangelios y de los apóstoles. En esta lucha entre ámbos elementos, el que constituyó el falso cristianismo, porque no practicaba las doctrinas del manso cordero del Calvario, y el que constituía el verdadero cristianismo, porque las practicaba, —triunfara el primero absorbiendo definitivamente al segundo. Ya hemos visto, pues, en la reconquista y despues de la reconquista no-germana, aparecer á nuestros prelados, no como humildes entre los humildes, sino como señores. Y señores, no tan sólo de ciudades sino hasta de castillos; disputando su posesion, no al árabe invasor, si al guerrero que los reconquistara del árabe ó los levantase como baluartes para la defensa del territorio. La aristocracia clerical, pues, más gentilica que la aristocracia militar ó civil, era á la vez más prepotente:—y no habia poder alguno—incluso la corona—que pudiera refre-

(1) Eran tantos los que gemian en Compostela, victimas del Santo Oficio, que no cabiendo en la carcel del Tribunal, ésta arrebató al hospital real las casas de San Francisco para meterlos en ellas, y desalojó además á varios vecinos de sus propias casas con el mismo objeto. En comprobacion de esto, vease la «Queja del Real Hospital—27 de setiembre de 1668.» «Teniendo que desalojar,» dicen los inquisidores en carta del mismo mes, «algunas personas para colocar en sus casas las cárceles, se suplica al Consejo que si se hubiesen de quejar, como el Hospital, no se les admitan sus quejas; porque en dando lugar á esto, nos obligarán á traer cada día esta gente sobre los hombros.»

nar la frenética ambicion de aquellos pseudos ó falsos cristianos cubiertos de seda y oro, señores de ciudades y fortalezas, con miles de *vasallos* á sus plantas, y que dominaban completamente en la vida social de Galicia, ya por la fuerza de las armas, ya por lo que ellos llamaban la *autoridad de la conciencia*.

El triunfo, pues, de los escribas y fariseos continuaba siendo evidente, a pesar de la preciosa sangre del Crucificado;—pero donde esos falsos cristianos saciaron más descaradamente su apetito de mando sobre todo y sobre todo, sobre todos los poderes públicos y sobre la misma nacionalidad; donde más abieitamente se mostraron en su monstruo a impureza, arrojando á un lado la máscara de su hipocresía refinada, —fué en el triste reinado de Carlos II que besquejamos. Jamás Galicia se vió tan esclavizada como entonces, por aquella turba asquerosa de escribas y fariseos, mistificadores de la religion y de la política; por aquella teocracia gentilica y anticristiana, que tenía á Cristo en los labios y no en la conciencia; por aquella pandilla inmundada que gozaba en torturar á los hombres, sus hermanos, en las mazmorras del *Santo oficio*; por aquella asociacion de farsantes que en vez de amar al prójimo como así mismo, profesaba la máxima de *al prójimo contra una esquina*; por aquella oligarquía atea, en fin, que dejaba al mundo sin Dios, sin dogma, sin moral, sin ley, por defender su sed de dominio, sus regalias, sus privilegios, sus inmunidades, sus goces, su sibiritismo, que era el sibiritismo de los gentiles.

Ya desde muy antiguo, pues, que esta religion más gentilica que cristiana habia tratado de extenderse por la haz de Galicia de tal modo que no quedara una hectárea de tierra, por fragosa é inculta que fuera, que no experimentara la vigilancia y presion de la iglesia parroquial, del convento ó de la ermita. Entonces, —en el reino de Carlos II—este ideal absorbente del catolicismo ó pseudos cristiano se realizó de la manera más completa, —y el hidalgo, y el labrador, y el artesano no respiraba, no se movia, no pensaba sino bajo las pesadas planchas de aquel alubion de dignidades eclesiásticas, curas y monjes, que pululaban por donde quiera dentro del perimetro de *nuestro antiguo y fidelísimo reino*, equivalente en aquella época á un inmensísimo monasterio.»

B. VICETTO.

1872.

INTERPRETACIONES.

La condesa del Repollo, que se educó en Matamá y ántes de condesa ha sido contrabandista de sal, á pesar de sus millones y de su altivo mirar, su aristocrático porte y su orgulloso ademan, habla peor que una *ostrera*, que es cuanto se puede dar. Dice: *diferencia, argullo, prejuicio, prencipal* y lo que es más censurable, *tirar* en vez de *sacar*; lo cual, ustedes dispensen, pero es una atrocidad, que trae más consecuencias de lo que algunos creerán.

Tiene la condesa un genio
peor que el de Satanás
y la servidumbre toda
la obedece sin chistar;
que es la señora condesa
más valiente que Roldan
y más incontrovertible
que un guardia municipal.

La otra tarde, un hijo suyo
se empenó en alborotar,
y la señora condesa
respirando soliman,
le dijo al ama de cria
en su lengua usual:
—Tire usted el chico á la calle
para que nos deje en paz.—
El ama, que es de Santoña
y mucho más fiel que un cán,
cojió al chico por las piernas
y abriendo de par en par
las ventanas de la calle
gritó:—¡Señora, allá vá!--
La condesa la detuvo
y si tarda un poco más,
á estas horas, está el chico
convertido en mazapan.

En casa de la condesa,
que suele dar *thés dansants*,
jugando á prendas un día
la tuve yo que encerrar
para cumplir la sentencia
que impusiera el tribunal;
y cuando estuvo encerrada
me dijo:—¡Por caridad;
tíreme usted, caballero,
que ya no resisto más!...

LUIS TABOADA.

Vigo—1873.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON AURELIO AGUIRRE Y GALARRAGA.

El Sr. Aguirre, es uno de los jóvenes que más testimonios nos han dado de un genio lozano y una imaginación poética y ardiente.

La facilidad en la locución, desnuda de esas frases hinchadas,

más de ambición que del ingenio pruebas,

(Lope de Vega).

La exactitud en las imágenes, la elevación de pensamientos y una versificación robusta y armoniosa, son las galas que campean en todas sus composiciones, acogidas siempre con general aplauso y estudiadas con avidez por la juventud amante de sus glorias.

Poeta de corazón, no reconoce más lauro que la gloria literaria, como lo manifiesta él mismo, cuando dice:

Soy joven... tengo fé... gloria ambiciono...
no, no cambio mi lira por un trono.

Pero estos versos, aunque escritos con una profundísima intención y con todo el fuego del entusiasmo, nunca parecen tan hermosos, tan sublimes como después de haber leído aquella sentida estrofa:

Soy un cantor sin nombre y sin fortuna,
hijo tal vez de una contraria estrella,
al tibio rayo de la blanca luna
busco el placer de mi vivir en ella.

Ternura de sentimiento propia de
un alma para amar nacida,
que campea también en unos versos A...

¿Será tal vez, aparición sublime
de un padre que en la cuna
vió mi sonrisa, y apenado gime
al mirarme sin nombre y sin fortuna?

Sólo bajo la influencia del ánimo afectado por
que

..... la hermosa palma
de mi ilusión, del huracán batida
yace en el valle de mi afán tendida

se puede expresar la incertidumbre del porvenir en
unos términos tan brillantes:

¡No sé qué playa al abordar me espera!
¡misterio ingrato á mis profanos ojos!

El recuerdo de la infancia siempre risueño,
siempre hermoso para las almas tiernas y apasionadas,
lo conmueve profundamente haciéndole ex-
clamar:

¡No tiene corazón quien no te llora!
¡alma no tiene, quien de ti se olvida!

Pero no son estas las únicas veces que la ternura de sus afectos corresponde al carácter profundamente melancólico de la poesía moderna, aunque sin sentimentalismo, sin afectación. Cuando dice, llorando *Sobre su tumba* la terrenal ausencia de una mujer querida:

¡Ah! ¿Quién paró tu límpida corriente
manantial de dulcísima ternura?
¿Quién apagó tu llama refulgente
luciente faro de mi noche oscura?
¿Quién robó tu perfume y tus colores
blanca flor de mis últimos amores!

entonces, más que nunca, creemos oír al inmortal Espronceda, exclamando en su canto *A Teresa*, con la amargura desgarradora de Byron:

Oh! quién imploró
¡ay! agostó la flor de tu pureza? etc.

En sus delicadas inspiraciones *El expósito* y

A una pescadora, por la intencion del pensamien-
to, parece decirnos, como el poeta latino:

*Paupertas impulit audax
ut versus facerem*

Pero tan bien son dignas de particular mencion su *Epístola à D. Francisco de Quevedo*, que encierra un pensamiento hondamente filosófico manejado con el mayor acierto: su entusiasta *Canto al Liceo de la juventud de Santiago*; y otras muchas poesias, escritas con diferentes objetos y en distintas épocas de su vida.

Regocíjate poeta:—tu nombre vivirá eternamente, como el destello del génio que la Divinidad depositó en tu alma,

cuando su soplo te lanzó á la tierra.

Tu lo has dicho:

Los triunfos de la gloria eternos viven...
los vela Dios, porque su sér reciben!

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

(Galicia y sus poetas—1871).

SOMBRA Y LUZ.

BALADA.

El amor es ser dos en uno.
Victor Hugo.

Amelia—dichas del cielo
en este mísero suelo
nos ha concedido Dios,
cuando en la noche callada
sobre mi pecho inclinada
ámbos somos uno en dos.

Entre todas las mujeres
tú sola la hermosa eres,
tú solo, arcángel de Dios,
cuando me tiendes los brazos
y en blandos y amantes lazos
somos ámbos uno en dos.

Y cuando tierna, amorosa,
tus frescos labios de rosa
nombran trémulos á Dios,
en aquel dulce momento
mucho más, Amelia, siento
que ámbos somos uno en dos.

Cuando de la dicha en calma
lánguida se agita el alma
bajo el aliento de Dios..
en tu amante sentimiento
tú tambien sientes cual siento
que ámbos somos uno en dos.

A la luz de las estrellas,
sobre las flores más bellas

nos reune, Amelia, Dios;
y en nuestros pechos ardientes
yo te siento y tu me sientes
y ámbos somos uno en dos.

Solo cuando luce el dia
cesa ya toda armonia
que así lo dispuso Dios;
nos vemos indiferentes...
é ignoran aves y fuentes
que ámbos somos uno en dos

BENITO VICETTO.

Coruña, 1.º de mayo de 1864.

GALICIA ZOOLOGICA.

LOS LOBOS.

(Continuacion.)

Cuando se aproxima el parto se internan en los bosques mas solitarios, eligiendo el sitio más apartado para arreglar su cama que hacen con musgo, hojas y yerbas secas. Los primeros dias no se separa la hembra de sus cachorros y el macho se encarga de traerles de comer: maman dos meses, les enseñan poco á poco á cazar acompañándoles constantemente el padre ó madre interin el otro se aleja para buscarles alimento.

Buffon dice que existe antipatia entre el perro y el lobo, lo cual se halla confirmado por Boitard; pero esto consiste en la repugnancia que mutuamente se tienen todo animal doméstico y montañés, del mismo modo que el hombre sábio y prudente no puede soportar al grosero é ignorante, sin que podamos dudar de la identidad de la especie. Se han visto lobos, que viviendo en estado doméstico y puestos despues en libertad, no sólo fueron rechazados por sus compañeros, sino maltratados y aún muertos.

Dotados de esquisito olfato, busmean los cadáveres é inmundicias á más de una legua de distancia, recorren las redes tendidas por los cazadores para apoderarse de la caza, y las orillas de los rios con objeto de comer cuanto encuentran. Hayendo cuando se les persigue, pero no por eso deja de ser muy arriesgado é imprudente acosarles demasiado, internándose tras ellos en los bosques como hacen nuestros labriegos, olvidando que, lejos de poblado y animados por la soledad pueden hacerles frente recordando que no en vano la naturaleza les dió aceradas garras y enormes colmillos. Todos los dias oimos la narracion de estas temerarias hazañas. Conoci en Tay á un leñador, de constitucion tan hercúlea como entendimiento obtuso, el cual hallándose un dia talando cierto bosque, á pesar de que le sobró tiempo para huir, tuvo la humorada de esperar á pié firme á un enorme lobo que venia directamente hácia él, descargándole con el hacha un golpe tan certero en la cabeza que se le abrió por mitad.

En Galicia, como llevamos dicho, se han visto lobos enteramente blancos y otros pelicanos: esto

puede ser dependiente de la estacion como sucede en el norte de Europa, en donde por el invierno se vuelven blancos y del transito al albinismo, ya por esta circunstancia ó la edad.

Aunque hoy dia ya no son tan abundantes en Galicia como en otros tiempos, no por eso se crea que es raro verles en las sierras apartadas como fuera de desear, sintiendo que las habitadas se va ya olvidando en perjuicio de la agricultura, y que los ayuntamientos no premien como está mandado, á los que presenten estos ú otros animales nocivos, (1) ya que no podamos por nuestras circunstancias topográficas, desterrarlos por completo, como logró la Inglaterra no sólo con este animal, sino con los gorriones, que ya no existen en aquellas islas.

EL LOBO NEGRO.

Canis lycaon Linn. Vulg. gall. como el anterior. Raro. En 1846 yendo con mi familia para Vigo, he visto cerca de Puento S. Payo una pareja de estos animales, que pasaron rozando la grupa de mi caballo el cual con sus corvetas, resoplidos y botes me hubo de despedir. Aunque á la sazón tendria yo unos 12 años, recuerdo perfectamente el aspecto feroz de aquellos animales, que vi tan de cerca, é hicieron una impresion profunda en mi ánimo.

Descripcion.—De igual tamaño que el anterior, más delgado; color negro uniforme, una mancha blanca en la extremidad del hocico y otra pequeña de igual color en el pecho.

Historia.—Se cree que esta especie sea una variedad de la precedente, más feroz, pero de igual género de vida. Habita en el norte de Europa principalmente en Rusia, pero Cuvier y otros naturalistas, nos dicen haberse cogido en Francia varios individuos y dos en los Pirineos. También se asegura que vive en el Canadá.

G. Cuvier es de parecer que ésta no debe ser una especie distinta de la anterior, sino individuos atacados de *melanismo* como los hay de *albinismo*: Fr. Cuvier ha dicho que puede ser muy bien un mixto de perro y loba, pero sea lo que fuere, hasta nuestros dias no se resolvió esta cuestion, considerando todos los autores como tal especie, distinta de la precedente.

(1) Los premios establecidos son, 40 reales vn. por un lobo, 60 por una loba, 80 si está preñada, y 20 por cada lob-zno: la mitad respectiva por cada zorro, zorra ó zorrilla; y la cuarta parte respectiva por las garduñas, gatos monteses, tejones, hurones, etc. sean vivos ó muertos.

Si estos premios fuesen una verdad, no tardaria en verse disminuir considerablemente el número de estos animales, no sólo perjudiciales sino peligrosos en muchas ocasiones.

Para evitar que un cazador sea premiado repetidas veces presentando el mismo animal, se sigue la práctica en nuestros ayuntamientos, de cortar á este el rabo y orejas. También es costumbre admitida en las aldeas, que al recorrer las casas de los vecinos con la alimaña, les den cada cual arreglado á su estado y fortuna, un número variable de huevos, como queriendo demostrar su gratitud por haber libertado á su corral de un enemigo tan temible; cuya práctica es más generalmente seguida en el país con las zorras y martas.

Aplicaciones.—La piel de lobo es bastante apreciada tanto por los peleteros como en guarnicioneria; con ella se hacen caparazonas que reúnen las mejores condiciones ya por durar mucho ya por el buen aspecto del pelo y ser de bastante abrigo. Puede aplicarse igualmente á toda clase de adornos para los arneses y algunos hacen zamarras y otros objetos.

Los lobos y las zorras, lo mismo que los perros están espuestos á padecer la terrible enfermedad conocida con el nombre de rabia, y aunque es muy casual que un lobo rabioso muerda al hombre, sin embargo, por ser tan frecuente en nuestros perros, indicaremos los principales medios de que la ciencia médica echa mano, para evitar sus funestas consecuencias.

Mucho se ha escrito en todos tiempos referente á la enfermedad de que nos ocupamos, pero á pesar de lo que digeron los antiguos (1) y de las investigaciones de los modernos, continúa la ciencia en el mismo estado, sin que hasta el dia se tenga un medio enérgico con que combatirla.

La rabia (*hidrofobia*) es una enfermedad que se cree participa de la naturaleza de las *neurosis*, caracterizada por convulsiones, horror á los líquidos, raptos de furor y deseos de morder, terminando por la muerte al cabo de un número variable de dias.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

(Se continuará.)

MUERTE Y RESURRECCION.

Te di una flor que de un jardín ameno
pudiera yo coger,
y cuando, vida mía, la miraste
la ví palidecer.

Al fuego de tus ojos marchitóse,
y cómo nó, mi bien!
entonces la besaste, y sus colores
volvieronle otra vez.

Desde entonces al cielo le suplico,
amada prenda mía,
que me maten tus ojos si tus labios
me han de volver la vida.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo—1874.

(1) «Zacuti Lusitani, Medici, et Philosophi præstantissimi, Operum Tomus primus, in quo de Medicorum principum historia libri sex: etc. Lugduni, MDCXLIX. Liber V. De venenis, morbis venenosis, et antidotis. Hist. XII Cæli Aurel. De Rabie. pág. 840, et inde.»

En esta obra se trata, en historias aparte, de lo que pensaron acerca de la rabia los antiguos; así que, á la de Ceilo Aureliano, sigue las de Rhasis, Alzharavi, Ætli, Galen, et Avenzoaris, mencionando en el transcurso de este libro, á Dioscórides, Celso, Avicena, Averrhoes, y á cuantos de ella se hayan ocupado, hasta su época, por lo cual, hacemos esta cita, para los que quieran consultar la tan curiosa como interesante obra de Zacuto.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA

Desde Compostela á Guntin de Pallares.

II.

La capilla gótica de Mellid. — El campo circular. — Las aguas del Furelos, Liboreiro y Pambres. — El castro y el castillo de Palas de Rey. — La boda. — La taberna de Lamela.

Encantadoras ilusiones de un plácido ensueño! ¡Cuán dulces sois cuando nos rodeáis de objetos queridos y de imágenes venturosas! Vosotras creáis para el hombre un mundo fantástico más bello que el mundo real; vosotras engendrais esperanzas de felicidad en el pecho del más desgraciado y le dais consuelo en sus penas y acaso también placer que ahogue sus dolores. ¡Oh dormid, infelices, dormid! Buscad con ansia esas ilusiones de los ensueños, que en verdad lo mismo es gozar dormido que despierto, si al cabo tan fugaces y momentáneas son las delicias reales que suceden al corazón, cuando velamos, como las quiméricas alegrías que enagenan al alma cuando dormimos.

Albagado yo por ellas soñaba que una madre cariñosa venía á despertarme, que su mano se deslizaba con blandura sobre mi frente, y que vibraba en mis oídos su voz de amor. En su lugar vino á sacarme de mi arrobamiento la destemplada de un desaliñado gañán, que me trafa el chocolate. Acaso me saludó deseándome un día feliz, pero yo le entendí. — «Levántate, que no es este tu lecho acostumbrado, ni te guardan los desvelos de una madre; tu eres aquí un extraño, un advenedizo caminante que al acabar una jornada recoge alientos para otra nueva, un ave de paso que descansa un instante en el islote levantado en medio de los mares que ha de atravesar.»

Y habiéndole oído, me acordé del maragato que me esperaba impaciente. Corrí á encontrarle, monté en mi cabalgadura y empezamos á trotar presurosos para alcanzar la récua que habia salido muy de madrugada.

El camino, reflejando en sus cristales de hielo los primeros rayos del sol, subía tortuoso por la ladera de una montaña de granito, saltaba algunos cantos amontonados de cuarzo gris, se escondía bajo los robles deshojados de la meseta, y descendía luego sobre gneis al abrigo de setos impenetrables formados de céspedes, y bordeados de tojo para mayor seguridad de las vegas que cerraban, rayadas á lo largo por estrechísimos surcos, entre los cuales apenas verdeaban las tiernas hojuelas del centeno en medio de los brillantes copos de la escarcha. Otra vez aparece el granito hasta Mellid ó más bien hasta una capilla gótica que habrá unos siete siglos se situó muy acá á la entrada de la villa.

Este antiguo templo está circuido de un viejo muro en cuyas grietas nacen apiñadas las redondas hojas de los colledones junto á las del menudo culandrillo. Entrando en el atrio, se vé en la red meridional de la capilla un nicho escavado para servir de último lecho quizá al piadoso fundador.

En él está resguardado el polvo de un mortal. Para que no lo esparza el soplo violento de los torbellinos, lo cubre una pesada losa con larga inscripción, que en otro tiempo sería testimonio de virtud ó ofrenda de adulación, y hoy es sólo un monumento oscuro en que nada dicen los caracteres de entonces consumidos por los elementos. Hé ahí cuán vanos son los esfuerzos del hombre por ofrecer á la posteridad en pulidos epitafios memorias, que en breve se pierden entre el liquen, ó se convierten en símbolos desconocidos y despreciados.

A veinte pasos más, sobre una humilde base, construida con piedras toscas al lado del camino, está colocada la torre, ó porque la bajaron de lo alto temiéndola á los huracanes, ó porque ella no quiso subirse á la gótica capilla avergonzada de ser obra de más torpes manos.

A poco se descubre una colina, formada de varios cerros encadenados entre sí á manera de herradura y generalmente dividi los en pequeños cuadros por ruinosos vallados de piedra. En sus picos hay de trecho en trecho algunos edificios solitarios que parecen las centinelas avanzadas de un campamento, y por detrás hacia la izquierda asoma luego la villa de Mellid, escondida en el monte como tímida cierva, á bastante distancia para no poder ser detallada. Una alta torre de nueva fábrica, que descuella en el centro, y en su torno, más ó menos próximas, unas cuantas espadañas, es todo lo que se percibe al pasar.

El horizonte crece, los ojos miran con avidez y placer una considerable extensión que parece dedicada al cultivo, atendiendo á la multitud de cierros que la dividen. Sin embargo, sólo ví una pequeña parte con gruesos nabos sembrados á surco muy estrecho, y otra no mucho mayor cubierta de centeno; lo demás era un erial salpicado de piedras anfílicas, de brezos y de retamas. Muy cerca del camino se hace notable una prominencia circular, como de 20 piés de elevación, sobre sesenta de diámetro, que acaso fué el asiento de una horca feudal, un antiquísimo monumento celta, ó más probablemente el lugar en que nuestros abuelos tenían *diputado en el campo de Mellid para que la nobleza gallega se reuniera con el pueblo á ventilar los negocios más áridos*. Era el mismo lugar sin duda en que el hidalgo francés, que huyendo de su patria vino á parar á la Somoza de Lemos, fué señalado hasta por tercera vez, con el mayor punto de los dados, para general del ejército dispuesto contra los moros. Bajo estos varios conceptos lo consideré mientras el pueblecillo de Furelos no vino á escitarme distintos pensamientos, al llegar á él, después de un mal paso erizado de descarnados pedruscos de anfíbol ó de serpentina cuyos concavos senos eran otros tantos charcos. A los piés del pueblo corre un ancho río hacia el Ulla, bramando de cólera al verse humillado por un puente antiguo, y al mirar como una buena fábrica de curtidos se erigió reina de su margen izquierda.

J. M. GIL.

(Se continuará).

FELICIDAD.

Amelia—no hay en el suelo
quien goce dichas del cielo
como gozamos los dos!
en el silencio y la calma
nuestras almas son un alma
como es uno nuestro Dios!

— Cuando brillan las estrellas,
sobre las flores más bellas
nos reclinamos los dos;
unas son nuestras caricias,
unas son nuestras delicias,
y un solo testigo, Dios!

Es verdad, Amelia mía,
que al rayar la luz del día
nos separamos los dos;
pero al avanzar la noche,
al cerrar la flor su broche...
¡cuán felices nos ve Dios!

Nada mi dicha importuna
cuando al rayo de la luna
nos contemplamos los dos
y el aire lleva en sus giros
nuestros amantes suspiros
á la morada de Dios.

Nuestras dichas misteriosas
ignoran hasta las rosas
que hay en torno de los dos:
nadie las sabe en el mundo:
dichas de un amor profundo
solo las comprende Dios.

No temas, pues, que las flores
denunciaren los amores
misteriosos de los dos;
ni la luz de las estrellas
denuncie tus formas, bellas
cual las de un ángel de Dios!

B. VICETTO.

Coruña 24 de mayo de 1864.

LA BARONESA DE FRIGE.

XI.

El infierno de la sensualidad.

Cerca de las diez de la noche se despidieron de Frige los señores de Monselan y Brántuas, y la baronesa se retiró entonces á su gabinete. Yo la acompañé hasta la puerta para tomar sus órdenes y ver si recordaba su promesa de visitar conmigo las faldas al siguiente día, — pero ni la más leve prevención ni el más leve recuerdo salió de sus labios: no pronunció otras palabras que un *buenas noches, Sr. German*, tan seco como ceremonioso.

Yo me retiré trémulo para mi habitación, entrando en ella maquinalmente, como si hubiera perdido la conciencia de mi mismo, Acababa de despe-

dirme de Piedad y aún me parecía tenerla delante, siempre delante de mis ojos, iluminado su semblante por un resplandor eléctrico que parecía tener su foco de luz en mis entrañas: acababa de despedirme de ella, y aún su voz melódica parecía susurrar en mis oídos como una armonía melancólica de Schuber: acababa de despedirme de ella, y en torno de mí y en mi mismo, aparecía yo como impregnado del aroma de su atmósfera, ese aroma que rojea á la mujer amada.

Por una fatalidad que deploraré toda mi vida, la habitación que yo ocupaba como administrador de la baronesa caía precisamente encima de la de Piedad:—y aunque el piso de castaño que nos separaba tenía ese espesor especial de las construcciones antiguas, yo, sin embargo, sentía la voz dulcísima de la baronesa. ¿Era esto una realidad ó una ilusión de mis sentidos trastornados? Lo ignoro; pero yo sentía el eco embriagador de su acento, ya vibrante y sonoro unas veces, ya lánguido y velado otras como una melodía del *Freyechutz* de Weber.

En vez de desnudarme, me tendí vestido sobre la cama.

Quise meditar sobre algunas cosas para alejar de mi intelectualidad la imagen rosa y nácar de la baronesa, y no podía. Mi amor entraba en un período vertiginoso en que todo lo que no fuera pensar en Piedad no tenía ni podía tener fórmula determinada, en mi inteligencia. La tierra parecía huir de mí ó yo de la tierra,—y me consideraba flotando con Piedad en espíritu, allá en la región del viento, pero en una región meramente sensual. Daba ya una, ya mil vueltas en la cama,—y no tenía conciencia de los movimientos de mi cuerpo. Abstraída completamente mi alma en la adoración voluptuosa que me inspiraba la baronesa, aquel tipo de mujer creada por el placer y para el placer, sentía *deleitarme* en una continuidad de sensaciones deliciosas y desvanecerse, aniquilarse enteramente mi organización vigorosa.

Nada me detenía en la pendiente sensual porque me precipitaba. El impulso febril que me impelia al abismo de mi aniquilamiento, me dominaba de una manera sobrehumana. Abrasado de deseos, calenturiento de voluptuosidad, de embriaguez en embriaguez y de deleite en deleite, el abismo se ahondaba más y más, y mi ser vibrante de sensación parecía abandonarme para transfigurarse en el ser de Piedad.

Sus cabellos negros, ondulando en pequeños rizos sobre la frente; sus ojos azules, tan provocativos como lánguidos; su boca, cuyos labios de rosa se entreabrían muy poco para hablar como el perfumado broche de esta flor; la blancura mate de su rostro, lleno y ovalado; su garganta de azucena; sus hombros redondos y pronunciados como los de la *Veau* mitológica; la voluptuosidad de su seno móvido, nacarado y palpitante... todos esos detalles armónicos, todos esos contornos en fin de un busto de mujer encantadoramente tallado para el deleite... todo eso fijo, clavado, ahondando mi memoria, penetrando mi espíritu hasta apoderarse de él completamente, todo eso me precipitaba en la lujuria más desenfrenada,—sintiendo como nadie su placer doloroso, si así puede decirse.

Aquella sobre-citacion que me aniquilaba, no tenía término; la postracion, no venia en mi auxilio; —y como me figurase oír suspirar á la baronesa en su techo, salté de la cama al impulso de un pensamiento súbito, el de taladrar el piso para oirla y si me era posible verla físicamente como hasta allí la había visto en espíritu.

Pero cómo hacer el taladro sin que me sintiera nadie? Esto me aterrorizó por el pronto,—y al disiparse esta emoción de terror, me dirigí sigilosamente al piso de arriba, donde se hallaba toda clase de herramien-

tas para uso de los carpinteros que trabajaban de vez en cuando en el palacio.

Una vez arriba, encendí un fósforo, y otro, y otro hasta dar con un herviqui á propósito. Lo encontré según mi deseo, y descendí con él para mi gabinete, valiéndome de todas las precauciones que pudiera tomar el ladrón más experto.

Comencé el taladro muy sutilmente para que nadie sintiera el rumor; —y ya me parecía estar viendo á Piedad en su blanco lecho como el capullo de una rosa en el cáliz de una azucena, cuando de pronto me contuve.

¿Qué iba yo hacer...? ¿Qué infamia iba á perpetrar yo en aquel asilo arrebatado por la lujuria que me dominaba?... ¿Quién fuero yo hasta allí, y por qué iba á dejar de ser el hombre hidalgo que siempre fuera?... Qué! ¿acáso ya no circulaba por mis venas la históricamente noble sangre de los Lopez de Lemos, para prostituirme hasta el punto de hacer un taladro con objeto de ver en su lecho á una señora?... Esto era villano, detestable, horrible. La sombra de mi madre pareció presentarse ante mi vista, en medio del delirio que me poseía, y gritarme con voz dolorida: *Enrique!... Enrique!... hijo mio!*

Esta emoción poderosa siempre para mí, acabó de anonadarme, y caí desfallecido en el suelo, apretando convulsivamente el herviqui con mis manos abrasadas.

No sé lo que pasó en aquel estado de anonadamiento; pero cuando volví en mí, cuando tuve conciencia de mí mismo y de mi situación desventurada, la lámpara que alumbraba el gabinete ya despedía una luz sumamente tenue como si fuera á extinguirse, y el primer albor del día penetraba fosforescente por la entreabierta ventana.

Entonces, oculté el herviqui, apagué la luz, abrí la ventana, me arrojé en la cama rendido, jadeante, inerte, calenturiento, —y los gilguerses y ruiseñores que me despertaban todas las mañanas cantando sobre un gigantesco castaño que llegaba hasta mi balcón, envolvieron los últimos resplandores de mi mente entre la gasa armónica de sus trinos mágicos.

Había sido hidalgo, —y la poesía de la aurora me cubría con su encanto, dejando de soñar y padecer despierto.

XII.

Sobre el abismo.

No habían trascurrido tres cuartos de hora cuando senti golpear suavemente la puerta de mi gabinete, —y su voz, su voz armoniosa llamarme:

—Señor German..., señor German...

Como yo oía su voz en sus años, como mi postración era tanta, me era imposible despertar por más esfuerzos que hacía.

Entonces se abrió la puerta, y la figura de Piedad se dibujó en el dintel con traje de montar, sombrero elegante ímo y una fusta en la mano con empuñadura de oro.

—Con qué es preciso que yo despierte á V. para ir á las furnas! —exclamó entrando en la habitación y entreabriendo de par en par las contraventanas.

Ah! más me deslumbró aquella aparición cerca de mí, en aquellos instantes, y después de la noche fatal que había pasado, más me deslumbró que los torrenes de luz que penetraron á la vez por la ventana: era una ola de fuego que afluía á mi corazón nuevamente. Abrí por fin los ojos y tuve que cerrarlos, guardando una inmovilidad completa. Yo quise contestar, y no sabía qué: me sentía como fuera de la realidad de la vida, y sólo podía decirse que vivía al escuchar mi respiración anhelosa.

—¿Qué! está V. enfermo, señor German? —me preguntó Piedad acercándose á mi lecho.

Entonces, á medida que avanzaba hacia mí, me so-

brecogí de terror, incorporándome lánguidamente en la cama y extendiendo mis extenuados brazos como para que se detuviera.

Piedad se detuvo alarmada.

Yo pude entonces saltar del lecho, —aunque débilmente; —y como estaba vestido, esta circunstancia bastó para dar forma de verdad á estas palabras que pronuncié:

—Señora baronesa, desperté muy temprano para acompañar á V. á las furnas; pero tan temprano que, después de vestirme, me volví á acostar...

—Pues, marchémos, —dijo ella dándome por satisfecha; —yo voy á montar al instante y sigo el camino de Nemiña: con eso veremos la hacienda de Queiroso.

Y volviéndome la espalda salió con la vivacidad de la gacela.

Yo, al verla desaparecer y sentir el horror del vacío en torno de mí, extendí los brazos y abracé aquella atmósfera, aquel círculo de aire que impregnara de aromas su aliento mágico. Después, me quedé abismado en una sensación dolorosa que no parecía pertenecer á este mundo, y el vértigo volvió á apoderarse de mí como si otra vez sintiera desvanecerme, evaporizarme en goces inefables al par que crueles, si así puedo expresarme.

Dominé por fin esta emoción instantánea, y bajé á la caballeriza del palacio, —pero Piedad ya había salido en dirección á Nemiña, faldeando las márgenes del río del Castro.

Pronto monté yo á caballo y seguí el mismo camino que la baronesa; unas veces avanzando á escape como si deseara vivamente incorporarme á ella, y otras dejando seguir al alazán un paso perezoso como si temiera entrar en el círculo embriagador de su atmósfera.

Cerca de Nemiña, á la altura de Morayme, nos encontramos; —y cuando yo creía que Piedad iba á estar conmigo sumamente decidida y afable, vi lo contrario: caminaba como si apenas se apercibiera de que yo iba tan cerca de ella.

Para estos cambios de carácter, tan inexplicables en la joven baronesa de Frige ¿yo parecía vivir ya prevenido, ó era que aquella mañana no me hacían gran impresión por el estado de deleite en que casi había estado toda la vida. ¿Yo había disfrutado en épsiro de sus encantos de mujer aquella noche, —Piedad había sido mía en todo el lleno de mi imaginación espléndida, ella lo ignoraba, ella era una víctima inconsciente, y hélo aquí todo.

Había, pues, en mi alma, filológicamente hablando, algo de la laxitud de mi cuerpo, algo del aniquilamiento de mi físico por el deleite, algo del deseo sensual satisfecho, ese algo en fin que es la consecuencia de la posición de la mujer como el vinagre del vino. Es verdad que no había aburrimiento, pero había como cansancio voluptuoso.

¿Duraría mucho este estado de mi alma? ¿Yano me volvería á inspirar la baronesa la fiebre de deseos que me fatigaran y rindieran la noche ántes, pasada en un insomnio lascivo de amor? He aquí en lo que meditaba, siguiendo sus huellas con indiferencia. Si aquel estado de mi observación ó de mi espíritu era definitivo, me salvaba; porque Piedad ya no me volvería á inspirar la fiebre de deseos, el infierno de deseos lividinosos en que me abismara la noche anterior. Y si, por el contrario, aquel estado en que me hallaba respecto á ella, era transitorio, ¡desdichado de mí! pues otra noche ó dos noches más de excitación sensual como aquella, no las podría resistir mi cuerpo sin aniquilarse.

(Se continuará).

BENITO VICETTO.